

**Fares, María Celina: *Derechas e izquierdas naciona-  
listas en los 60. Universidad y prensa local en la  
encrucijada nacional e internacional*. Buenos Aires:  
Prometeo, 2024. 430 pp.**

**Fernando Quesada**

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

E-mail: fquetzal@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5319-1053>

<https://dx.doi.org/10.5209/rcha.104501>

Los nacionalismos y los nacionalistas, desde los moderados hasta los más excéntricos, conforman un fenómeno de estudio que está cómodamente posicionado en las agendas de investigación de las ciencias sociales. El “giro espacial” que han dado estas disciplinas ha contribuido a incrementar los enfoques sobre “las comunidades imaginadas” y a reflexionar de manera crítica sobre sus excepcionalidades. Estos aportes apuntan a dilucidar las vinculaciones interconectadas de los nacionalismos, sus temporalidades inciertas y las dinámicas de circulación de sus ideas en múltiples escalas –local, regional, nacional e internacional–.

Celina Fares en el libro aquí reseñado analiza una configuración intelectual de nacionalistas, mayormente de derechas, cuyas ideas procedían de diversas matrices de pensamiento, pero compartían, entre otros componentes, el credo católico y el hispanismo y, hacia mediados de la década de 1940, peregrinaron hacia la Universidad Nacional de Cuyo, institución académica desde la que construyeron una “cultura política local mendocina” (p. 11), desde la que franquearon los límites parroquiales de la provincia y se vincularon regional, nacional, hemisférica y transatlánticamente. El enfoque metodológico con el que aborda el objeto de estudio se sustenta en primer lugar en la historia de las ideas, por el profundo análisis que realiza de los textos de los intelectuales estudiados –tarea heurística salomónica debido a la extensa y variada producción que tuvieron– y las coordenadas ideológicas que mapea de cada uno de estos, y, en segundo lugar, en la historia intelectual, por el exhaustivo rastreo de las trayectorias de estos intelectuales y sus vínculos a escala nacional, atlántica y transnacional.

En la primera parte del libro, Universidad (Cultivar): la mirada y el contexto, la autora reconstruye los itinerarios y la producción de la configuración de pensadores, abogados, historiadores, sociólogos, pedagogos y polítólogos que se reunieron al calor institucional de una “universidad de frontera” desde la cual “cultivaron las ideas del nacionalismo de derecha y dinamizaron las redes culturales francófilas, pero sobre todo las hispanistas, ligadas a los distintos momentos del régimen franquista” (p. 15). Las políticas culturales del régimen franquista para América Latina tuvieron un rol destacado en la conformación de esta configuración intelectual nacionalista debido a que, por medio de becas, intercambios académicos, congresos y publicaciones conjuntas la dictadura de Francisco Franco ofreció los recursos y el esquema institucional para esta red transatlántica. Además, la experiencia dictatorial española brindó ideas, prácticas políticas y de gobierno que inspiraron a algunos de estos intelectuales que fueron funcionarios en distintos rangos y niveles de las diversas dictaduras de Argentina.

El hispanismo propagado desde España tanto por el Consejo de la Hispanidad como por el más asertivo Instituto de Cultura Hispánica para Fares representó una “tradición de larga duración” que data desde el final de la guerra civil española en 1939 y que no se aletargó durante la inmediata posguerra sino todo lo contrario, produjo mayores flujos de intercambios en momentos en el que el régimen franquista era marginado del concierto de naciones y adquirió mayor coherencia cuando el franquismo viró desde una posición hispanoamericana hacia una atlantista desde 1955, luego de los acuerdos con Estados Unidos. Para Fares el hispanismo significó la “matriz cultural inscripta en los orígenes del nacionalismo cultural” que fungió como elemento articulador “que no sólo podía ser compartida tanto por dentro como por fuera del peronismo, sino que además se convertiría en una posición de retaguardia desde donde ubicarse frente a las tensiones del mundo bipolar que emergía de la posguerra” (p. 55).

En la Universidad Nacional de Cuyo, el reconocimiento de una herencia hispana fue un elemento unificador desde su fundación en 1939, pero sus elementos no fueron aceptados tangencialmente. Edmundo Correas, el primer rector, era un hispanista con “un perfil de liberal moderado”, posición que fue una de las principales causas por las que la dictadura de 1943, luego de intervenir la institución académica de Cuyo, nombró en su lugar a intelectuales con marcas indiscutibles de hispanismo, catolicismo y anticomunismo, tres elementos que marcaron también la etapa del peronismo en la universidad. El hispanismo es un rasgo particular y llamativo en estos nacionalistas que en su mayoría profesaban el antiimperialismo británico primero y norteamericano luego de la Segunda Guerra Mundial, pero no identificaban estos componentes en el pasado colonial hispánico.

La autora rastrea las trayectorias, la producción y las coordenadas académicas, ideológicas e institucionales de Guido Soaje Ramos, Juan Ramón Sepich, los pedagogos Francisco Ruiz Sánchez, Abelardo Pithod y Denis Cardozo Biritos. En su análisis, Fares no olvida los itinerarios de formación y la labor intelectual de dos mujeres, María Estela Lépori de Pithod y Nélida Freites, que tuvieron roles destacados en la configuración de nacionalistas y que según su estudio “llegaron a ejercer cargos de gestión, pero sin el reconocimiento público que tuvieron los varones del grupo, a pesar de sus activas participaciones académicas” (p. 133).

Sobre los orígenes de la sociología como cátedra en la Universidad Nacional de Cuyo, la autora rastrea el desarrollo y la institucionalización que esta disciplina tuvo en Mendoza y las divergencias con procesos similares en otras universidades nacionales. En estas latitudes los estudios sociológicos fueron institucionalizados por dos intelectuales muy divergentes según sus creencias, formaciones académicas y matrices ideológicas: Julio Soler Miralles, abogado, discípulo de Sepich, furibundo hispanista y contrario a la modernidad laica y Luis Campoy, contador público de formación, becado por la Fundación Rockefeller para estudiar en Estados Unidos, quien se definía como una persona de derecha, pero no católico.

A pesar del peso que tenía el hispanismo en la conformación de las ideas nacionalistas, la variante francesa del tradicionalismo, heredera de las ideas de Charles Maurras, también ejerció una fuerte impronta como consecuencia de la recepción local de dos intelectuales que migraron a Argentina en la inmediata posguerra: Jaime María de Mahieu y Alberto Falcionelli. El primero fue un prófugo que huyó de Francia por haber apoyado al régimen de Vichi que adhirió al peronismo y fue uno de los inspiradores del grupo Tacuara. Se estableció en Mendoza en 1946 y fue exonerado de la Universidad de Cuyo luego de la intervención en 1955. La estancia en la provincia y su adhesión al peronismo contribuyeron a que sus ideas no fueran adoptadas por los nacionalistas locales, en cambio, para los tacuaristas sus ideas fueron inspiradoras. Falcionelli también fue un exiliado francés que buscó refugio en Argentina y se estableció en la Universidad Nacional de Cuyo. En la localidad se vinculó con los grupos antiperonistas y sus ideas maurrasianas inspiraron a dos intelectuales tradicionalistas y nacionalistas que tuvieron mayor proyección a nivel local y nacional como fueron Rubén Calderón Bouchet y Enrique Díaz Araujo.

La segunda parte del libro *La Prensa (Propagar): La mirada y el contexto* está abocada al estudio del diario “nacionalista y católico” *El Tiempo de Cuyo*, una publicación surgida en la provincia de Mendoza, pero con una agenda particular interconectada con temáticas nacionales y globales. Esta es una parte en la que la autora asume y transita mayores riesgos analíticos, debido a

que reconstruye la trayectoria de Raimundo Fares, su padre y fundador del diario, y lo hace con una gran capacidad autorreflexiva sobre su papel como objetivadora de un estrecho vínculo familiar. En los tres capítulos que conforman esta segunda parte analiza la historia del diario en la etapa 1956-1962 cuya línea editorial estuvo ligada a la figura intelectual de Raimundo Fares, su director.

La lectura del libro pone en relieve la importancia del estudio de intelectuales que contribuyeron a las ideas nacionalistas en espacios descentrados del ámbito porteño y desde una “universidad de frontera”, locus desde el que establecieron relaciones y vínculos que les permitió franquear los límites parroquiales de la localidad y aportar al pensamiento nacionalista desde diversas corrientes y matices.

Además, la relevancia del libro se debe a que rescata para su estudio a pensadores que estuvieron en las solapas de la historia intelectual hasta el momento, pero que cumplieron un papel destacado en la construcción de los imaginarios políticos del nacionalismo.